

LA ALFABETIZACIÓN AMBIENTAL FRENTE A LOS RETOS DE JOHANNESBURGO

Edgar González Gaudiano

ASESOR, SEP / MÉXICO
edgarg@sep.gob.mx



INTRODUCCIÓN. Ante los precarios resultados de la educación ambiental durante las últimas dos décadas, la *alfabetización ambiental* puede contribuir como idea-fuerza a esclarecer los rumbos por los que debe transitar la relación sociedad y ambiente para el desarrollo de una ciudadanía crítica. No se puede culpar a la educación ambiental por dichos resultados ya que en la región de América Latina y el Caribe ha mantenido un papel marginal y subsidiario, tanto dentro de los sistemas escolarizados como en los procesos de gestión ambiental, pese a la relevancia que cobra en los discursos institucionales.

Empero, en nuestra región latinoamericana

en general, el concepto de alfabetización ha estado ausente del proceso de construcción del campo de la educación ambiental, a diferencia de lo ocurrido sobre todo en los países anglosajones. En el discurso respectivo encontramos términos como conciencia ambiental y cultura ecológica u otros, con un alcance más restringido, como sensibilización ambiental. Sin estar completamente en contra de estos conceptos que son bastante familiares, el problema reside en que dichos términos no han sido definidos satisfactoriamente y, mucho menos, operacionalizados para fines prácticos de procesos educativos específicos.

NOCIONES CONVENCIONALES EN LA EDUCACIÓN AMBIENTAL. El concepto de *cultura ecológica* ha sido de uso común en el campo de la educación ambiental, toda vez que la educación es considerada una práctica sociocultural. El referido concepto ha estado presente con varios sentidos. El primero de ellos guarda relación con una falta de cultura o pérdida de patrones culturales más "amigables" o "armónicos" con el ambiente, tanto en el contexto rural como en el urbano. Es el caso de los discursos ambientalistas relacionados con las culturas indígenas y tradicionales, cuyas formas de vida se encontraban mejor adaptadas e integradas a las condiciones del medio natural.

El segundo sentido de cultura ecológica se orienta a la adquisición de representaciones, actitudes, hábitos, comportamientos y valores tendientes precisamente a favorecer esa mejor relación cultural con el medio. Este planteamiento se asocia con aquellos esfuerzos para articular la educación ambiental con la educación cívica, con la formación de una ciudadanía ambientalmente correcta e incluso se encuentra presente en las nuevas aproximaciones de la UNESCO sobre la educación para el futuro sustentable. Desde este segundo sentido, emanan algunas de las más fuertes críticas al modo de vida imperante preconizado por la civilización occidental en su nuevo marco de globalización económica y cultural.

Sin embargo desde otra perspectiva, la cultura ambiental también se ha asumido como un proyecto político que no se restringe a atenuar los problemas, ni a mitigar los impactos en el medio producidos por los estilos dominantes de desarrollo, sino a contribuir a su transformación cualitativa mediante compromisos y estrategias de acción local individual y colectiva, contextualizadas en alternativas de desarrollo al alcance de los pueblos.

Por su parte, el concepto de *concientización* o *toma de conciencia* ha formado parte del discurso de la educación ambiental, prácticamente desde su aparición. No obstante, tomar conciencia o ser concientes de algo es algo poco establecido, además de que en educación ambiental se reconoce que el hacerse conciente de algo, que incluso pudiera estar afectando directamente nuestra salud o nuestra calidad de vida, no deviene automáticamente hábito o actitud ambientalmente adecuada.

Al parecer el tránsito de estar informado sobre algún problema, ser conciente del mismo, y participar en actividades para su prevención o mitigación no tiene una secuencia lineal, sino que es un asunto complejo que se conoce poco, debido a su vinculación con un conjunto de factores intersubjetivos que impiden tener respuestas y estrategias pedagógicas uniformes y exitosas para todos los casos. Se ha podido constatar, que personas muy activas en programas

que requieren una participación decidida y a veces prolongada, no necesariamente son las mejor informadas o más conscientes del problema en cuestión.

Asimismo, *sensibilización* tampoco es una noción clara y bien definida. Ha estado referida a “un primer contacto con el problema”, poniendo al alcance información general para motivar el interés de los participantes. Representa una condición temporal de los individuos que, en todo caso, podría aprovecharse para dar pie a otro tipo de medidas que produzcan un mayor nivel de compromiso.



Por todo lo anterior, encontramos que en el campo de la educación ambiental han estado presentes un conjunto de conceptos polisémicos cuyos sentidos se han naturalizado, pero que no son fáciles de operacionalizar en estrategias pedagógicas concretas. ¿Cuándo saber que se ha cobrado conciencia de un problema del entorno que afecta la calidad de vida de una comunidad?, ¿cómo saber que se ha logrado sensibilizar a un grupo específico para que participe en un proyecto? Más aún, ¿cómo evaluar la formación o “clarificación” de valores ambientales que forman el sustrato primario de los sistemas culturales? Ciertamente, la búsqueda de respuestas a estas preguntas constituye la histo-

ria de la educación ambiental y de sus múltiples aproximaciones pedagógicas pero, como suele ocurrir en la esfera de lo educativo, son respuestas en disputa.

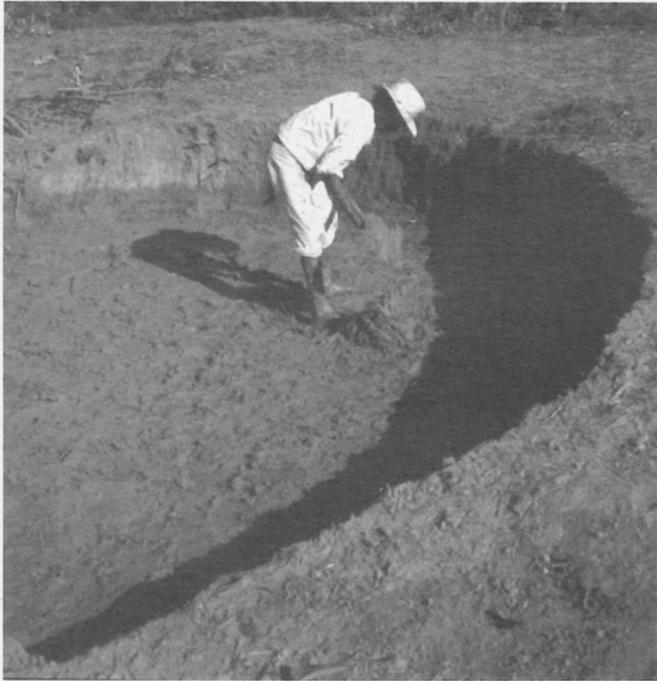
LA ALFABETIZACIÓN. La alfabetización es un significante que suele estar referido al aprendizaje de las nociones básicas de la lectura y escritura y a la adquisición de las operaciones aritméticas elementales. Algunas veces, incluso, se entiende en un plano aún más limitado de dar a conocer el abecedario. Estos sentidos del concepto proceden de tradiciones coloniales que han venido siendo ratificadas por políticas públicas relacionadas con la necesidad de superar los endémicos y elevados índices de analfabetismo, a través de programas específicos para la población implicada.

Desde algunas posturas teóricas críticas la alfabetización se entiende de manera muy distinta: como la posibilidad de aprender a pensar, a discernir. Alfabetizar es entonces, un proceso de concientización que implica posicionarse más comprometidamente en la realidad social y en el mundo. El mundo se entiende como un complejo de relaciones vitales interdependientes; es esta una perspectiva relacional, no relativista, donde la constitución de la realidad, del mundo se produce en y por las relaciones.

Dentro de esta perspectiva el aprendizaje de la lecto-escritura, entonces, va más allá de un desciframiento mecánico, para convertirse en un proceso de comunicación multidimensional que parte del universo vocabular y vivencial del alfabetizando, lleno de significaciones socioculturales, a partir del cual objetiva el mundo y se ve a sí mismo en él como testigo de su historia. Objetivar el mundo es pensarlo en su movimiento.

Vista así la alfabetización se convierte en un formidable instrumento para que el alfabetizado pueda entender sus relaciones con los otros. Al entenderlo, se generan posibilidades de romper con aquellas fronteras impuestas desde las estructuras de poder que limitan su desenvolvimiento.

Detengámonos un momento en este aspecto de la alfabetización, porque ahí



es donde yace su potencial de convertirse en un acto político y ético. Político porque la interpretación que hacemos del mundo está siempre vinculada con esas estructuras de poder. Ético porque las interpretaciones varían en función de las diferencias de clase, etnia, género y generación del alfabetizado y son tan válidas como las que se hacen desde las posiciones de dominio. La diferencia no es un déficit como suele verse desde la posición de poder, sino una característica que, una vez entendida, potencia la lectura del lugar que cada quien tenemos en las márgenes y en el centro de dicho poder y nos proporciona una forma de "leer" la realidad para adquirir la capacidad de reivindicar nuestro poder, historia, identidad y territorio.

LA ALFABETIZACIÓN AMBIENTAL. Visto lo anterior podemos inferir que el concepto de alfabetización viene a aportar un arco más amplio de posibilidades teórico-prácticas para la educación ambiental. No pretendo sostener que ahí se encuentra la respuesta a todos los complejos desafíos que han sido mencionados en la construcción de una educación ambiental que atienda a los numerosos y movедizos problemas ambientales que padece el mundo en el momento actual; pero nos ofrece mejores posibilidades y tal vez nos permita reactivar un debate que ha ido perdiendo entusiasmo y que ahora, después de Johannesburgo, será designada de distinta forma, pero con el riesgo de ser más de lo mismo.

Primero, porque el concepto de al-

fabetización forma parte del *corpus* pedagógico desde tiempos inmemoriales, con lo cual no resulta extraño al conjunto de los profesionales de la educación independientemente del espacio particular desde donde se ejerza una práctica, aunque se pueda presentar el sesgo reduccionista criticado arriba.

Segundo, porque el concepto de alfabetización se encuentra articulado con lo político y lo ético, con lo cual podemos contrarrestar los perniciosos efectos que nos ha dejado una práctica de la educación ambiental que ha puesto en el centro a la conservación de la naturaleza, pero a una conservación de la naturaleza que prescinde de ciertos grupos humanos. Una educación ambiental que busca la conservación a toda costa.

Tercero, porque el concepto de alfabetización no se encuentra reducido al ámbito escolar, sino que está asociado a diversos agentes sociales con intereses en transmitir también sus propias visiones del mundo, dentro de estructuras de poder establecidas en los sistemas políticos. Por ejemplo, los medios masivos de comunicación o las empresas transnacionales.

Cuarto, porque en todo caso también nos permite hablar de alfabetizaciones, en plural, para caracterizar los vínculos entre el contenido y los amplios propósitos humanos, sistemas de valores y modos de vida y de ser; diferencias que pueden tener gran significancia política.

No estoy planteando una alfabetización ecológica, entendida como un resultado que permita a la gente dominar

y aplicar conceptos ecológicos ligados al desarrollo de ciertas habilidades, pues reconozco que esto no es suficiente. Es preciso articular la nueva noción con un programa de educación de mayor alcance conectado con definiciones de ciudadanía. Tampoco estoy refiriéndome a una alfabetización ambiental que haga énfasis en una lectura catastrófica, apocalíptica; que más que estimular paralice o desincentive.

Para América Latina y el Caribe, el concepto de alfabetización ambiental viene a ser un elemento externo a lo que ha sido el discurso más convencional del campo de la educación ambiental en nuestra región. Esta irrupción puede volver a dar un nuevo aliento constitutivo al propio campo, a sus procesos y prácticas, a nuestros discursos y a quienes nos consideramos sujetos del mismo.

CONCLUSIONES

1. Darle a la alfabetización ambiental un enfoque de formación de ciudadanía crítica nos muestra con mayor claridad dónde debemos actuar, para que la gente pueda nuevamente entender que la educación ambiental no se relaciona sólo con la protección de la vida silvestre, ni con la conservación de áreas naturales protegidas. Tampoco que la educación ambiental se reduce a las desgastadas recomendaciones de la separación de residuos domésticos, la limpieza de predios urbanos o la refo-

restación simbólica en determinadas fechas. Todas estas acciones pierden sentido, por ejemplo, cuando la gente "lee" que los residuos existen porque su generación depende de ciertos estilos de producción, distribución y consumo de mercancías y servicios, que se encuentran funcionando bajo las leyes de un mercado neoliberal que exige cada vez nuevos y más atractivos productos para el consumidor, lo que implica sobreempacamiento y publicidad, frecuentemente no regulada por el Estado.

2. Algo que resulta vital es trabajar intensamente sobre los temas y preocupaciones que conciernen a la vida cotidiana de la gente. Es decir, una educación ambiental que promueva estrategias de alfabetización que permitan a la gente comprender el porqué del desempleo, de la violencia, de la desesperanza, de la degradación del medio y eso articularlo con las condiciones particulares de su calidad de vida, de su entorno vital. Entonces sí, desde ahí, la gente puede tomar sus propias decisiones de intervenir en aquellos asuntos que afecten su propia vida, para ejercer su poder.

3. Aplicando el concepto de alfabetización a nosotros mismos nos es fácil encontrar las numerosas fisuras de nuestra propia práctica en la que somos analfabetos ambientales. Somos analfabetos cuando no podemos decodificar los intereses que se encuentran larvados en los discursos que circulan en el campo del ambientalismo en general y de la educación ambiental en particular, intereses que son transmitidos mediante los proyectos pedagógicos que instrumentamos pensando que así contribuimos a la salvación del mundo.

Por ejemplo, de los numerosos libros que ahora están de moda, uno muy conocido es *50 acciones sencillas que puedes hacer para salvar la Tierra*, y que puede conseguirse en supermercados y tiendas de autoservicio. En dicho libro se pretende transmitir la responsabilidad del deterioro al consumidor, depositando en sus espaldas las medidas que deben adoptarse, con lo que se desvía la atención de la responsabilidad de las propias empresas y del estilo consumista que preconizan; además, debilita las posibilidades de organización para una acción política

directa y socava al ambientalismo radical.

4. La alfabetización ambiental crítica nos previene en contra del febril activismo en el que frecuentemente nos encontramos inmersos; esa especie de terapia ocupacional en la que nos involucramos con tal de sentir que participamos en cruzadas en defensa del ambiente, pero dejando intactos nuestros cómodos estilos de vida que demandan cada vez más satisfactores materiales. Es una forma de expiar nuestras culpas, enverdeciendo algunas de nuestras conductas y actividades públicas. Pero sobre todo y más grave aun, dejando intactos los sistemas económicos en los que se sustentan las irreparables formas de expropiación de los recursos ambientales y de la ominosa explotación de la fuerza de trabajo de enormes contingentes de hombres y mujeres, a quienes no hemos brindado las posibilidades de comprender las inequidades que caracterizan el momento actual, para poder trazar colectivamente estrategias de lucha y resistencia.

5. A través de la alfabetización ambiental podemos poner en marcha las variadas formas discursivas de los diferentes grupos sociales, las que pese a su carácter precario, diferencial e inestable, se encuentran ligadas a procesos identitarios; esto es, a sistemas de significados socialmente compartidos que son constitutivos de los sujetos que pertenecen a dichos grupos. Esto es básico para poder educar en el sentido no bancario del que hablaba Freire, pues nos permite reconocer que educar no es transmitir sólo lo culturalmente valioso, juzgado desde las posiciones de dominio que define lo que es educativo y lo que no lo es. Esto, en el caso de la educación ambiental, sería tanto como darle paso con absoluta libertad a las concepciones que promueven una educación para defender el tipo de mundo del que gozan sólo unos cuantos.

6. Una alfabetización ambiental crítica también puede ayudarnos a desenmascarar aquellos intentos que distorsionan la verdadera dimensión de los problemas, esgrimiendo discursos rebatibles que ofrecen únicamente caminos sin salida, encubriéndose con la promesa de retornar a una especie de paraíso bíblico desde el esoterismo

ecologista o el anti-industrialismo verde beligerante.

7. La alfabetización ambiental nos puede permitir a los educadores y educandos reconocer más fácilmente cómo se transmiten y construyen los significados culturales sobre el ambiente, en los que se inscribe la formación de sujetos sociales concretos en el marco de relaciones específicas de poder. La alfabetización y el conocimiento se encuentran íntimamente relacionados, constituyendo formaciones discursivas que organizan significados para pensar, para hacer y para ser en el mundo. □

Hay otros mundos pero están en este.

Paul Éluard.

Lecturas sugeridas

ÁNGEL MAYA, A., 1995. *La fragilidad ambiental de la cultura*, UNC-IDEA, Santafé de Bogotá.
www.rolac.unep.mx

COLOM C., A. J. Y J. SUREDA N., 1989. "La lectura pedagógica de la educación ambiental", en: Sosa, Nicolás, 1989. *Educación ambiental. Sujeto, entorno, sistema*, Ed. Amarú, Salamanca.
www.semarnat.gob.mx/cecadestu
jponce@crefal.edu.mx

FREIRE, PAULO, 1969. *La educación como práctica de la libertad*, 14 ed., 1974, Ed. Siglo xxi-Tierra Nueva, México.
—1970. *Pedagogía del oprimido*, 27 ed., 1981. Ed. Tierra Nueva-Siglo xxi, México. Tel. 0155-5658-7999
siglo@xxieditores.com.mx

GIROUX, HENRY A., 1992. "La enseñanza, la alfabetización y la política de la diferencia" en: Giroux, Henry A. y Ramón Flecha, 1992. *Igualdad educativa y diferencia cultural*, Ed. Roure, Barcelona.
www.semarnat.gob.mx/cecadestu

GONZÁLEZ GAUDIANO, EDGAR, 1998. *Centro y periferia de la educación ambiental. Un enfoque antiesencialista*, Mundi Prensa, México.
edgarg@sep.gob.mx

